

923  
C

DG 285  
3  
C34  
1

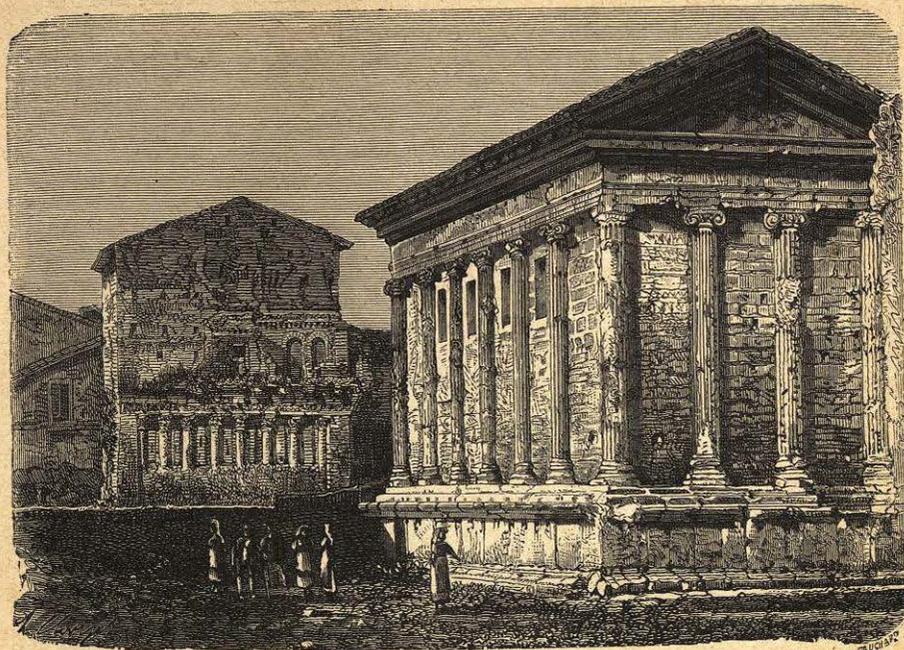
ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. E.



Templo de la fortuna viril

## CAPÍTULO PRIMERO

### AMBICIÓN Y AMORES

Dormía sobre un lecho de orgía cierto niño casi mozo, de unos trece años; la pretexta ó ropa infantil espléndida dentro de su consagrada liturgia; la frente ceñida de rosas; en la mano una copa de oro vacía; en los pies un cachorro domesticado; en los labios cierta sonrisa de voluptuosidad incipiente y de interior embriaguez; cansado como de haber corrido mucho, y respirando con el resuello fatigosísimo consiguiente al cansancio que no logra vencer y dominar ni siquiera el reposo propio de un profundísimo sueño. Junto al niño destacábase una mujer, por todo extremo varonil, cuyo aire, impropio del sexo suyo, parecía marcial, aire congruente con quien ha nacido y se ha criado en tiendas de campaña, sobre campamentos, entre soldados. Junto á la mujer, veíase apoyado en el respaldo amplio de la sede majestuosa en que se asentaba ésta un patricio, ya de algunos años, cuya persona fácilmente acusaba sumisión gustosa, campeando en el rostro la vigilia incansable. Para no parar-

nos más de lo cuerdo en el relato que iniciamos, diremos cómo se llamaba el niño, Nerón; la mujer, Agripina, madre de Nerón; el patricio, Vitelio, privado y confidente de Agripina. Esta seguía con cuidado anheloso la respiración de su hijo, que se iba serenando poco á poco al influjo del sueño, y Vitelio el discurso de los pensamientos, que iban apareciendo en guisa de nubes muy espesas, así sobre la frente como sobre el entrecejo de Agripina. Cualquier observador, el menos agudo y de menor penetrante sentido, viera en el garzoncillo de tan bellas formas mucho del arte sensual antiguo; en la mujer y su continente imperioso, mucho del viejo Imperio romano; en el patricio y su obsequiosidad refinada, mucho de la obediencia servil á que bien ó mal de su grado solían sujetarse por fuerza en las cortes de aquel entonces los confidentes imperiales. Pero nosotros, que podemos, por obra y virtud maravillosa del encantamiento de nuestro arte, oírlos á todos, así al dormido en sus ensueños, como á los despiertos en sus diálogos, no hemos necesidad alguna de observarlos. Bástanos escuchar lo que dicen á puerta cerrada, en lo más hondo y recatado y misterioso de su cubículo, sin testigos y sin recelo á ningún testimonio, sobre la cima del orbe imperial, cuando costaba cualquiera imprudencia la vida, devorada por cien fuerzas destructoras, y surgían de las piedras los esbirros, verdugos ambulantes, mensajeros y ministros de la muerte.

— ¡Cuánto amas á tu Nerón, Agripina!

— Cuánto lo necesito, dijeras mejor.

— ¡Ya lo creo!

— Criada en la familia de Augusto, hija de un César, hermana de otro, necesito ser en lo porvenir madre y esposa de César.

— En tus años y en tus circunstancias, como el esposo no fuera nuestro César hoy reinante, Claudio, y el hijo tu propio Nerón, apenas comprendo quién de los seres podría realizar ese proyecto que guarda insondables abismos, en cuyo fondo late y se oculta la muerte.

— Pues nunca he pensado en ser alguno para cumplir mis proyectos, sino en los dos que acabas de nombrar.

— Me asombra tu audacia.

— De menores comienzos hanse derivado mayores obras.

— Nerón pertenece por su padre á familia patricia ilustre; pero de sangre imperial sólo tiene la que haya recibido de tus venas.

— ¿Tenía más Tiberio?

— Tenía menos, es verdad.

— El método romano de adopción es muy socorrido; y como Livia hizo emperador á su hijo Tiberio adoptándolo Augusto, Agripina puede hacer emperador á su hijo Nerón adoptándolo Claudio. Tiberio era un entonado; otro será Nerón.

— Pero entre Augusto y Livia no mediaba el parentesco mediante por vuestra sangre común entre Agripina y Claudio.

— No me olvido, no, del parentesco, y á su virtud libro mis esperanzas.

— Eres, y no debes olvidarlo, sobrina carnal del César.

— Lo sé.

— Y las leyes romanas prohíben con prohibición absoluta el enlace matrimonial entre parientes tan cercanos.

— ¡Las leyes!

— Lo más respetado que hubo en Roma siempre.

— En la Roma de otros siglos.

— ¡Agripina! Guárdate de acusar así á los tuyos, á tu familia.

— ¿Qué quieres? No digo nada nuevo al decir cómo los míos, cómo la familia imperial, se han levantado sobre la destrucción de todas las leyes al pináculo de todos los privilegios y de todos los honores.

— Pero tales temerarias especies no pueden decirse ahora en parte alguna, y menos entre la familia de los emperadores. Acuérdate de aquel infeliz, muerto á manos de Tiberio, tan sólo por haber querido decorar el nombre de Bruto llamándole con razón el último romano...

— Los patricios, Vitelio, ya no sois reyes, como en otros tiempos; sois criados. La curia parece un establo. Los senadores se dejan uncir al Imperio como bueyes y se dejan degollar como las reses en el matadero. Así, nada más fácil que hacerles derogar disposiciones antiguas más ó menos fundadas en justicia, reemplazándolas con otras nuevas más ó menos fundadas en imperiales caprichos.

— Mas observa que Claudio las echa de abogado, jurisconsulto, juez.

— ¡Ya lo creo! Como que se pasa la vida oyendo juicios y dictando sentencias.

- Pues no consentirá en ese cambio de legislación tan profundo.
- ¡Vaya si lo consentirá! En cuanto llegue yo á proponérselo.
- Lo dudo muchísimo.
- Yo estoy cierta del deseado logro, por saber cuánto á los leguleyos les placen los problemas jurídicos y la copia de leyes.
- Pero, aun suponiéndote feliz hasta el extremo de convencer al jurisconsulto, ¿cómo te compondrías para separar á la mujer del marido? Ya sabes que Claudio ama á sus mujeres sucesivas al igual que sus leyes codificadas y sus sentencias puestas en orden sabiamente por hábiles jurisconsultos.
- Nada más fácil que separar á Mesalina de Claudio; nada más fácil.
- ¿Tú lo crees así?
- ¡Vaya si lo creo!
- Yo le encuentro muy ligado con su esposa.
- Es verdad.
- Pues reconociendo la verdad tú, ¿qué me dices?
- Dígame que se halla el mayor peligro de Mesalina en el amor de su esposo.
- No comprendo.
- Cortas entendederas te han dado los dioses en achaques de amor.
- Veamos.
- Un emperador de corrompidas costumbres, voluptuoso, fácil á toda seducción, perdonará deslices análogos á los suyos.
- So pretexto de que las mujeres deben responder del hogar y de su legitimidad, los maridos acostumbran frecuentemente á imponerles privaciones, para las cuales no se juzgan ellos con recíprocas aptitudes, ni se creen obligados con recíprocos deberes.
- De todas suertes, Mesalina se pierde por los amores ilegítimos, y este desenfreno causará su ruina en cuanto convenga por cualquier causa ó razón que lo sepa Claudio.
- En verdad que Mesalina obedece á un voluptuosismo natural, mientras Claudio brilla por su fidelidad á la esposa y por la pureza de sus costumbres conyugales.
- He ahí dónde radica la seguridad completa de mi esperanza.
- Una esperanza que trae aparejados muchos peligros.

- No importa; yo, hija de Germánico, engendrada en carro de guerra, debo vivir combatiendo y debo morir de golpe violento. Lucharé.
- Los dioses prosperen tu obra.
- La prosperarán.
- Tal deseo.



Nerón niño (busto del gabinete de Francia)

- La prosperarán, aunque sean los dioses infernales.
- Una felicidad tal como la que yo pido para tu cabeza, te sea por el Destino designada.
- Mesalina, en su delirio, no comprende cómo la satisfacción de reinar pueda sobreponerse á todas las pasiones humanas.
- Y se sobrepone con seguridad en aquellos que nacieron dotados y revestidos de grandes ambiciones.
- Yo, nacida tan alto, he sentido en mi alma, desde los albores de su existencia, el deseo incontrastable de subir. El Imperio hame dominado más que todos los amores juntos. Deseé tener un hijo y

lo tuve. Mas deseé tener un hijo para imperar yo sobre su altísima persona y que su persona imperara sobre la Eterna Ciudad, como la Eterna Ciudad impera sobre todo el mundo conocido.

— Y cuando ya estés en lo alto, Agripina, ¿crees que arriba no te asaltarán deseos nuevos?

— Asaltaránme á millares.

— Pues entonces te sentirás tan desgraciada y te conformarás con tu suerte tan poco cual ahora mismo.

— Es verdad. Si me das la tierra, pediré la mar; si me das la mar, pediré la luna; si me das la luna, pediré las estrellas; si me das las estrellas, el sol; porque no hay abismos tan insaciables como los abismos de un corazón por imperar anheloso.

— Cierto, cierto.

— Pero ahí la diferencia entre Mesalina y yo. Ella desea dirigir el mundo y gozar al mismo tiempo del amor.

— Como que pasa la vida entre los desvelos por el imperio de su marido y el culto al tálamo de sus amores conspuído por cien infames adulteros.

— Y para que la mujer mande sobre un emperador y sobre un Imperio, se necesita que nadie mande sobre la mujer.

— ¿Y no recelas que puede mandar algún día tu Nerón sobre ti, sobre su madre?

— No recelo á ese respecto peligro ninguno.

— ¿Tan fuerte imaginas tu naturaleza?

— Tan fuerte.

— Pues las mujeres que no han amado mucho á sus esposos, obedeciendo á la necesidad incontrastable de amar, sentida siempre por su sexo, concluyen amando mucho á sus hijos.

— Yo no.

— ¿Tú no?

— No.

— Pues yo te veo desalada y desvivida siempre que se trata de Nerón.

— Verdad.

— Reconociendo esta verdad, no pondrás en duda mi tesis.

— Yo no veo en mi Nerón al hijo de amores que nunca sintiera mi pecho; veo al peldaño de la escalera por donde subiré al Capitolio.

— Agripina, ¿y una vez arriba, no preferirá él reinar á que tú reines?

— He observado mucho su naturaleza y no encuentro en ella síntoma de ambición alguna.

— Es todavía niño, y todas las pasiones varoniles han menester de la pubertad para nacer y revelarse.

— Pero créete que cada temperamento lleva consigo sus propias congénitas pasiones, y entre las consubstanciales al ser de mi amado cachorro no encuentro el afán de imperar con que yo nací á la vida y que á los albores de mi ser experimenté voraz en mis entrañas.

— ¿Pues qué aptitud predominante hallas en tu Nerón?

— Hallo aptitudes muy fáciles de sojuzgar: hallo aptitudes artísticas.

— Las aptitudes artísticas deben suponer, si no estoy equivocado, una índole voluntariosa y caprichosísima.

— Pero en asuntos ajenos á la gobernación y al imperio públicos. Un César verdadero será siempre lo contrario de un verdadero poeta.

— Cuando no se identifiquen las ambiciones con los fantaseos, y no entre allá, en el hervidero de ideas muy confusas, la idea predominante de reinar, y de reinar fantaseando, el modo peor de imperio.

— Mas desengáñate, un actor, un flautista, un poeta, un retórico, preferirá el placer á todo. Necesitadísimo de vivas emociones, buscarálas en el aplauso general, tan sonante á los oídos vanidosos y no en el gobierno, tan expuesto al odio de las gentes y tan sujeto á la universal censura. A ningún filósofo se le ocurre subir hasta el Estado, y á todos los filósofos nacidos en el Estado se les ocurre bajar á la escuela. Mi Nerón ha nacido menos aquejado de ambición que los filósofos. Por una corona de los juegos olímpicos ¡oh! cambiará cien veces la diadema de los pueblos romanos.

— No veo todo eso tan claro como tú, Agripina.

— Y no me asombra, Vitelio, tu desconfianza.

— ¿Por qué?

— Porque tú tienes naturaleza de suyo desconfiada é inteligencia de suyo escéptica.

— Las tendré; mas los tristes pronósticos míos hanse cumplido mil veces. Niños que parecen muy dóciles desde sus cunas, á sus pubertades acaban por encabritarse hasta no sufrir ni yugo ni acicate ni disciplina, en cuanto la sangre comienza en sus venas á hervir y la pasión á estallar en sus corazones.

— Yo tengo un medio de dominar siempre á Nerón.

— ¿Cuál?

— La educación.

— ¡Qué rara vez vence á la nativa índole!

— Por lo contrario, yo creo que siempre la vence.

— Te pongo á ti por ejemplo, Agripina.

— ¿Por qué á mí?

— Porque tú muestras cómo la educación jamás ha logrado sobreponerse á la complexión tuya.

— ¿Cómo?

— Recógete y piensa con detenimiento reflexivo acerca de ti misma.

— Di.

— ¿No tuviste por padre á Germánico, el más dulce de los hombres?

— Cierto.

— Y él ¿no te dió el ejemplo de la más rendida humildad?

— Cierto también.

— Pues ¿en cuál educación has aprendido la soberbia?

— En la sangre de los césares.

— Y la sangre tuya ¿no corre por las venas de tu Nerón, sangre cesárea?

— No en el grado que por mis venas.

— Eneobarbo, tu esposo, y padre de tu hijo, perteneció á familia patricia.

— Pero no á esta familia divina que baja de los troyanos reyes y de los olímpicos dioses, pasando por César y por Augusto.

— Eneobarbo dijo que solamente podía él engendrar monstruos.

— Cree que se calumnió á sí mismo en ese afán por aparecer malos y fuertes en el mal, que sienten á una todos los patricios de Roma, muy largos de lengua y de ambición muy cortos.

— Comprendo lo que pasa por ti. No me maravilla tu arrojo y tu confianza en el arrojo. No serías quien eres de otra suerte. Pero yo persisto en asegurarte la opinión que respecto de ti antes mantuviera: la educación recibida en tu infancia y los ejemplos dados en tu familia y en tu casa no han divertido la voluntad y pensamiento tuyos de aquellos objetos y fines á los cuales te has propuesto consagrarlos.

— Por las familias á que pertenezco he visto salir de las bocas y correr por los suelos en tropel confuso las mil ambiciones imperiales.

— Pero no es esa la parte de familia que te ha educado á ti. Engendraronte tu padre Germánico y tu madre Agripina. Éste no pudo transmitirte con su sangre la conformidad sublime que constituía la base de su temperamento, y de aquélla no ha podido provenir, de aquella mujer consagrada por completo al amor de su esposo en el matrimonio, y á la memoria, en su viudez, del hombre querido, no ha podido provenir tu impaciencia por el Imperio, y por el Imperio directo, por el Imperio constante, por el Imperio tuyo con que ahora sueñas y por que ahora pugnas.

— Créete que mis abuelos resucitan en mí á despecho de mis padres. Y de mis abuelos llevo un conjunto tal de tradiciones, ejemplos, enseñanzas, ideas y deseos, que forman y componen como una segunda naturaleza en mi seno.

— Sea en buen hora; pero á eso podrá llamársele una herencia de caracteres, no se le llamará un efecto de la educación.

— Sea lo que quiera, yo tengo fe viva: primero, en que por mis esfuerzos Nerón llegará pronto al sumo Imperio, y que después de haber llegado, por su modestia, por su indolencia, por su vanidad, dejará el gobierno de nuestro Imperio á su madre.

Á tal afirmación, Vitelio meneó tristemente la cabeza; pero Agripina continuó exponiendo sus alucinaciones.

— Yo acabo de hacer con él aquello mismo que hiciera con el fuerte Aquiles de Grecia su diosa madre. Lo inclino á las labores del sexo mío, ya que pienso acaparar las labores del sexo suyo. Lo visto con los trajes más voluptuosos como á una bailarina. Le cuelgo collares de la garganta y zarcillos de las orejas. Lo tiendo en lechos de púrpura como á las favoritas de los palacios orientales.

Un pebetero de oro le trastorna el seso con sus aromas alquímicos. Un espejo de plata le sirve para enamorarse de sí cual Narciso. Música regalada suena en sus oídos á la continua. Coros y cantos báquicos le acompañan por los jardines y por los campos. La sempiterna embriaguez lo rinde y lo entrega por completo á mi albedrío. Idle, después que se haya empapado en esta sensualidad, idle con cuidados del gobierno, con luchas guerreras, con grandes competencias senatoriales, con partidos en el circo y en el comicio; no comprenderá de todo esto ni una sola palabra, porque la constante afeminación le atrofiará las facultades y los órganos indispensables al mando. Por consecuencia, yo reinaré, con eterno reinado, sobre Nerón, y Nerón reinará, con eterno reinado, sobre Roma. Créelo.

— Pero si lo afeminas así, ¿cómo le consientes que lleve un cachorrillo, cual ese leoncejo, que le presta, no aspecto de Onfala, sino aspecto de Hércules?

— Empeñóse con tenaz insistencia en ello, y no tuve otro remedio que acceder á su capricho.

— Pues deduce por eso mismo lo que hará en su juventud.

— ¡Oh! Para corromper y esclavizar la juventud hay otros medios: el vicio, el goce vivísimo, el placer desenfrenado.

— Pero esa propensión á las fieras, antes indica una complexión fuerte, nativa en él, que la dulce por ti concebida en tus adentros, y no bien sobrepuesta en él, según lo que veo y observo.

— Créete que la inclinación á los animales, pareciéndome mal, me parece una tendencia irremisible al descenso; no hay que combatirla, no; hay que fomentarla. Déjame á mí en paz acabar mi obra, y verás cómo no puede haberla más concluída y más perfecta. Déjame, pues, maniobrar.

— Pero mis afectos de amistad y gratitud hacia ti me preguntan cómo no te marrarán tus planes, pudiendo encaramarte, llevando á tu Nerón en brazos, hasta la cumbre del Imperio.

— Ya lo veremos.

— Claudio tiene un hijo y le ama por todo extremo. Británico es el heredero nato en sus preferencias paternas.

— Pero ese hijo correrá la misma suerte que su madre.

— ¿Lo crees tú así?

— ¡Vaya si lo creo! En cuanto Claudio conozca las infidelidades,

ignoradas hoy por él, de Mesalina, dudará de la legitimidad de hijo; y en cuanto dude alguna vez de la legitimidad del hijo, se volverá con afán en busca de este mozo mío, su resobrino, el cual pertenece á la familia imperial por su madre y su abuela.

— ¡Qué sé yo!

— Pues sábelo.

— Aunque resuelto á cooperar en todo cuanto hagas, y en todo cuanto mandes á obedecerte, yo dudo del buen resultado de tus planes.

— Pues esa duda, en mi sentir, acrecienta el mérito de tus servicios y aquilata la devoción á mi persona y familia.

— Difícil en el temperamento de Claudio sustituir una mujer con otra mujer; pero mucho más difícil todavía reemplazar un hijo de sus entrañas con un sobrino de aluvión.

— Ya sabes que por las adopciones romanas se convierten hasta los extraños y ajenos á nuestra sangre y á nuestro apellido en familia propia.

— Sea en buen hora; pero de las adopciones como hijo propio á la designación como heredero natural en el Imperio, todavía media una larguísima distancia.

— No tanta como tú crees. Ahora mismo, antes de darle á Mesalina el golpe de gracia, hésele dado á su hijo.

— ¿Qué has hecho?

— He convencido á Claudio de que celebre los juegos seculares.

— ¿Cómo los juegos seculares?

— Los juegos seculares, te repito.

— Pues ya en tiempo de Augusto se tuvieron y no ha pasado un siglo desde su celebración.

— Para eso es Claudio emperador: para variar si le place hasta el curso y la dirección de los tiempos.

— ¡Pobre Roma!

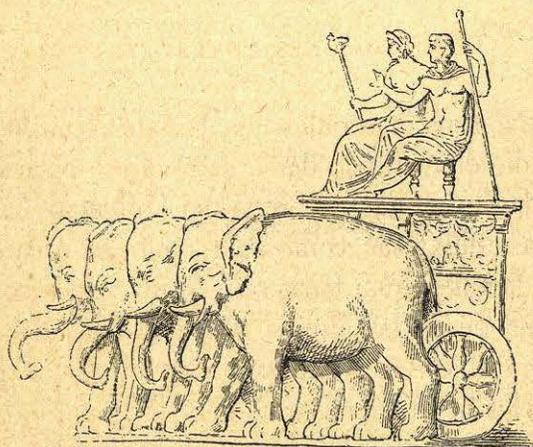
— Además, que cumplen ahora nueve siglos de la fundación de nuestra ciudad, y no hay que celebrar los juegos por el aniversario de su primera celebración, sino por el aniversario de esta divinidad, de esta Roma, en cuyo culto y obsequio los estatuyeron un día nuestros padres.

— Vaya en gracia; pero todo ello me parece arbitrario y caprichoso.

- Roma está hoy pobre.
- Tienes razón. En su puerto de Ostia, otras veces tan rico, ahora crece la hierba.
- Como que todo nuestro dinero ha pasado en poco tiempo á Egipto y Mauritania, regiones productoras de trigo, cuyos graneros conjuran las hambres caídas como terrible plaga sobre los reyes del mundo, sobre los orgullosos romanos.
- Y ahora con las fiestas pensáis reganarlo.
- ¡Vaya si pensamos!
- Como que se reducen los juegos á una feria universal...
- Y en esta feria universal ideo yo granjearme y granjear á Nerón las primeras piedras de nuestra preciosísima corona.
- De modo que mientras el sirio mercadeará en su tienda los búcaros olientes á canela, el viejo lidio los linos albos y ligeros, el samita sus ánforas, el germano las cabelludas pieles de sus rengíferos, el fenicio las púrpuras de Tiro teñidas para el hombro de los reyes, el egino las estatuillas de acero que parecen argéneas, el cirenaico las sillas de maderas olorosas, y el egipcio sus sacros papiros, tú, Agripina, mercadearás el Imperio, granjeándolo en apariencia para tu hijo, y en realidad para ti.
- ¡Ah! Tal pienso.
- ¡Peligrosísimo juego! ¿Y cómo has persuadido á Claudio?
- Mostrándole cuál bordado de altísima elocuencia podría ponerse con facilidad sobre un tema de tanto empeño.
- ¡Ya lo creo! Y como le gustan los discursos tanto, habrás puesto á escribir su persuasiva correspondiente arenga para persuadir al Senado.
- No se cansa de hablar y escribir.
- ¡Dichoso él!
- Verdaderamente dichoso, pues impera.
- Mas como den los herederos y sucesores en la flor de ir así recortando los siglos, en verdad no podrá decirse aquello de venid á ver lo que no habéis visto nunca y tampoco nunca volveréis á ver.
- Como que sólo han transcurrido sesenta y cuatro años de la última celebración.
- Pues, Agripina, en cuanto con Claudio tope, voy á dirigirle un voto.

- ¿Cuál?
- Que celebre muchas veces los juegos seculares.
- ¡Pues no van á reirse poco del voto las gentes!
- Déjalas; ya tendrán que llorar.
- Y se cuentan maravillas de lo que hay en proyecto.
- ¿Qué hay en proyecto?
- Un espectáculo nunca visto.
- ¿Cuál puede aparecer como nuevo en esta Roma, que, desde el Imperio, seméjase á un teatro inmenso?
- Esta Roma no ha visto nunca el combate de los tesalios con los toros.
- ¿Todavía no hay bastantes fiestas de las que degradan y envilecen á un pueblo, tras las que idearon para corrompernos y esclavizarnos los que tantas veces quisieron ser nuestros amos?
- Verás el combate de los caballeros tesalios con los toros bravíos.
- No han menester los hombres de combates con las fieras; harto luchan como fieras entre sí.
- Además de toros veremos tigres y leones, pues nada menos que un prefecto del pretorio ha demandado su correspondiente permiso para combatir al frente de un escuadrón de caballería con los brutos feroces.
- Pero, divertido del punto capital mi pensamiento, perdóname, Agripina, si, para industriarme ahora en todo, te interrogo sobre cuál partido piensas alcanzar para tus proyectos del espectáculo prometido por Claudio á Roma.
- Pues pienso que se congreguen todos los jóvenes de las familias patricias en cualquiera de los espectáculos.
- ¿Y qué?
- Pienso conseguir se vistan de troyanos, y mi Nerón represente allí el principal papel de la fiesta, mientras el hijo de Claudio, su rival, y presunto heredero del Imperio á que yo aspiro tan sólo llegue á representar el segundo papel. ¿Comprendes?
- Comprendo.
- Un pueblo tan supersticioso cual este pueblo romano verá en ello un presagio, y en el presagio se dibujará la corona de Nerón. Al llegar á este punto los interlocutores, Nerón se despertó, y

su primer impulso fué arañar al cachorro, que dió un rugido, mostró los dientes y las uñas, pero se quedó inmóvil á una mirada del amo. Luego saltó, en guisa de titiritero, desde su lecho al pavimento, y creyéndose completamente solo, se dió á bailar con verdadero desorden, y á ponerse muy gallardo en varias actitudes atléticas. Pero en esto la respiración de los dos interlocutores llegó á su oído, y viendo á la cariñosa madre sentada como una estatua de la majestad imperial, se tendió en tierra y se acercó á ella como pudiera un tigrecillo acercarse á la teta de una tigre. Agripina mostró hijo tan danzarín y juguetón á Vitelio como para confirmar los juicios comunicados antes, y se acordó con fruición de los desórdenes de Mesalina, para que le granjearan el Imperio, donde tenía la mira puesta con ese ojo certero dispensado por las leyes providenciales y por las leyes naturales á cuantos tienen que cumplir una extraordinaria finalidad bajo nuestro cielo y sobre nuestro planeta.



Claudio, Agripina, Livia y Tiberio (de un camafeo romano)

## CAPÍTULO II

### MURMURACIONES DOMÉSTICAS

Un tropel de siervos imperiales llenaba por los últimos días del imperio de Claudio el vestíbulo de su maravilloso palacio en el sagrado monte Palatino, remate y corona del Universo. Aislada completamente la casa de César, como un templo, su área correspondía con las tradiciones guardadas en Roma para conjurar los maleficios y atraer desde las alturas sobre familias y hogares los mayores bienes posibles. Augusto, conociendo toda la trascendencia del cambio en las instituciones traído por el Imperio, y la dificultad suma de que tamañas novedades penetraran en las costumbres, pues antes entra una idea en la cabeza que en la vida, quiso le perdonaran su poder supremo aparentando no tenerlo, y vivió en habitación modesta, guarecido tras un templo que le sirviera de verdadero escudo, y encerrado en sitio recatadísimo y de apariencia humilde con su poder y su fortuna, como pudiera un avaro encerrarse con sus tesoros. Pero poco á poco arrojó la tiranía sus